

La crisis alimentaria mundial

Fred Magdoff

Una grave crisis alimentaria ha afectado al mundo en 2008. Esta crisis viene a sumarse a la crisis agrícola y alimentaria a más largo plazo que ha traído ya el hambre y la malnutrición a miles de millones de personas. Para comprender todas las nefastas implicaciones de lo que está sucediendo en la actualidad es necesario atender a la interacción entre esas dos crisis a corto y largo plazo. Ambas surgen básicamente de la producción lucrativa de alimentos, fibras y ahora, además, biocombustibles, y de la escisión que eso inevitablemente provoca entre, por un lado, las personas y, por otro, la producción de alimentos.

Hambre «rutinaria» antes de la crisis actual

De los más de 6.000 millones de personas que pueblan el mundo en la actualidad, las Naciones Unidas calculan que cerca de 1.000 millones padecen inanición crónica. Sin embargo, esa cifra, que no es más que una tosca estimación, no incluye a las personas aquejadas de déficits nutricionales y vitamínicos, así como otras formas de malnutrición. El número total de personas que sufren inseguridad alimenticia y están mal nutridas o carecen de nutrientes esenciales es probable que esté más próximo a los

• Artículo publicado en *MR*, vol. 60, nº 1, mayo de 2008, pp. 1-15. Traducción de Joan Queda. Fred Magdoff es profesor emérito de ciencias de las plantas y el suelo en la Universidad de Vermont en Burlington (USA) y uno de los directores de la Fundación *Monthly Review*.

3.000 millones, lo que representa casi la mitad de la humanidad. La gravedad de la situación queda patente en la estimación realizada en 2007 por Naciones Unidas, según la cual unos 18.000 niños fallecen diariamente como consecuencia directa o indirecta de la malnutrición (Associated Press, 18 de febrero de 2007).

Rara vez la causa de que la gente pase hambre es la escasez en la producción de alimentos. Eso se aprecia claramente en los Estados Unidos, donde, a pesar de que la producción supera las necesidades de la población, el hambre continúa siendo un problema acuciante. Según el Departamento de Agricultura estadounidense, en 2006 más de 35 millones de personas vivían en hogares aquejados de inseguridad alimenticia, entre ellas 13 millones de niños. Debido a la escasez de alimentos, los adultos de más de 12 millones de familias no podían seguir una dieta equilibrada, y en más de 7 millones de familias había quien comía raciones más exiguas o se saltaba alguna de las comidas. En casi 5 millones de familias, los niños no comían lo bastante al menos en algunos periodos del año.

También en los países pobres no deja de ser normal la existencia de enormes partidas de alimentos desperdiciadas o mal repartidas en medio del hambre generalizada y persistente. Hace pocos años, un artículo del *New York Times* titulaba así la noticia: «Los pobres de la India se mueren de hambre mientras los excedentes de trigo se pudren» (2 de diciembre de 2002). En 2004, un titular del *Wall Street Journal* rezaba: «Escasez en la abundancia, la paradoja de la India: cosechas récord y hambre creciente» (25 de junio de 2004).

Sin «derecho a comida»

El hambre y la malnutrición son síntomas por lo general de un problema subyacente de mayores dimensiones: la pobreza en un sistema económico que, en palabras de Rachel Carson, no reconoce más dioses que las ganancias y la producción. En la mayoría de los países del mundo la comida recibe el mismo tratamiento que cualquier otro bien de consumo, igual que la ropa, los automóviles, los lápices, los libros, la joyas con diamantes, etc. No se considera que la gente tenga derecho a adquirir ningún bien en particular y no se establece distinción alguna a dicho respecto entre lujos y necesidades. Las personas ricas pueden permitirse comprar cuanto deseen, mientras que los pobres con frecuencia no pueden procurarse ni siquiera las necesidades básicas. Bajo las relaciones capitalistas, la gente no tiene derecho a una dieta, un hogar y una atención médica adecuados. Tal y

como ocurre con otros bienes de consumo, la gente que carece de lo que los economistas denominan «demanda efectiva» no puede comprar suficientes alimentos nutritivos. Por supuesto, lo que la carencia de «demanda efectiva» significa en este caso es que los pobres no tienen el dinero necesario para comprar la comida que necesitan.

Para los humanos, la comida es una «necesidad biológica»: todos necesitamos alimentos, igual que el agua y el aire, para seguir viviendo. Es un hecho sistemático en la sociedad capitalista que muchas personas queden excluidas de la plena satisfacción de dicha necesidad biológica. Aunque es cierto que algunos países ricos, sobre todo los países europeos, contribuyen efectivamente a la alimentación de los pobres, la forma misma de funcionar del capitalismo conlleva inherentemente la creación de un estrato social inferior que a menudo carece de los elementos básicos para la existencia humana. En los Estados Unidos existe una diversidad de iniciativas gubernamentales para la alimentación de los pobres, como, por ejemplo, los vales de alimentos y los programas de suministro de comida en las escuelas. Aun así, los fondos destinados a dichos programas están lejos de satisfacer las necesidades de los pobres y diversas organizaciones caritativas libran una ardua batalla para compensar esa diferencia.

En la época actual es relativamente poca la gente que fallece de inanición, si exceptuamos las severas hambrunas que ocasionan las guerras y los desplazamientos de población. Lo normal es más bien que la mayoría de los afectados por el hambre sufran de malnutrición crónica y, posteriormente, se vean aquejados de diversas enfermedades que les acortan la vida o incrementan su miseria. El azote de la malnutrición daña el desarrollo mental y físico de los niños y los lastima para el resto de sus vidas.

Una crisis aguda y creciente: la Gran Hambruna de 2008

En este preciso momento de la historia, además del hambre rutinaria de la que tratábamos más arriba, existen dos crisis alimentarias globales distintas que se están produciendo simultáneamente. Trataremos en primer lugar de la grave y aguda crisis iniciada hacia 2006 y que empeora cada día que pasa. Es imposible exagerar la gravedad de la crisis actual. Esta ha hecho aumentar rápidamente la cantidad de personas en todo el mundo que padecen malnutrición. Aunque aún no disponemos de estadísticas relativas al incremento experimentado por el hambre en 2007-2008, está claro que serán muchas las personas que fallecerán prematuramente o sufrirán otros perjuicios. Como es habitual, serán las personas más jóvenes, los

ancianos y los enfermos los que experimentarán las peores consecuencias de la Gran Hambruna de 2008. El rápido aumento simultáneo de los precios de todos los cultivos básicos (maíz, trigo, soja, arroz y aceites de uso culinario), así como de muchos otros cultivos, está teniendo efectos devastadores sobre una parte cada vez mayor de la humanidad.

El aumento de los precios en el mercado mundial en los últimos años ha sido poco menos que prodigioso. Los precios de los sesenta productos agrícolas presentes en el mercado mundial subieron un 37% en 2007, y un 14% en 2006 (*New York Times*, 19 de enero de 2008). El precio del maíz empezó a aumentar a principios del otoño de 2006 y, en un periodo de meses, había crecido un 70% aproximadamente. Los precios del trigo y la soja también se dispararon en ese periodo y, en la actualidad, siguen en niveles históricos. Los precios de los aceites de uso culinario (fundamentalmente de soja y de palma, y alimento esencial en muchos países pobres) están igualmente por las nubes. También el precio del arroz ha crecido más de un 100% en el periodo 2007-2008 («La fuerte subida del precio del arroz genera temores de agitación en Asia», *New York Times*, 29 de marzo de 2008).

Los motivos de esa fuerte alza del precio de los alimentos están bastante claros. En primer lugar están ciertas cuestiones directa o indirectamente relacionadas con el aumento de los precios del petróleo. En los Estados Unidos, Europa y muchos otros países, eso ha llevado a potenciar los cultivos que pueden utilizarse para la producción de combustibles conocidos como biocombustibles (o agrocombustibles). Así pues, el cultivo de maíz para la producción de etanol, o de aceites de soja y de palma para fabricar combustible diesel, está en competencia directa con la utilización de dichos cultivos con fines alimentarios. En 2007, un 20% de la totalidad de la cosecha de maíz de los Estados Unidos se empleó para producir etanol, un proceso que no genera mucha más energía adicional de la que se utiliza en su producción. (Se calcula que en la próxima década un tercio aproximado de la cosecha de maíz estadounidense se dedicará a la producción de etanol [Bloomberg, 21 de febrero de 2008].) Además, muchos de los factores de producción [insumos] de la agricultura comercial de gran escala dependen del petróleo y el gas natural, desde la construcción y la operación de tractores y equipos agrícolas, hasta la producción de fertilizantes y pesticidas, pasando por el secado de las cosechas para su almacenamiento. El precio del fertilizante de nitrógeno, el más utilizado en todo el mundo, está directamente vinculado al precio de la energía debido a la gran cantidad de esta que requiere su producción.

Una segunda causa del encarecimiento del maíz, la soja y el aceite de soja para uso culinario es el incremento de la demanda de carne de las cla-

ses medias latinoamericanas y asiáticas, sobre todo de China. El empleo de maíz y soja para la alimentación de reses, cerdos y aves ha crecido rápidamente para satisfacer dicha demanda. En 1961, el suministro total de carne en el mundo fue de 71 millones de toneladas. En 2007, se calcula que fue de 284 millones de toneladas. El consumo per cápita se ha más que doblado en ese mismo periodo. En los países en desarrollo, el ritmo de aumento fue dos veces más rápido, y el consumo se ha doblado tan solo en los veinte últimos años (*New York Times*, 27 de enero de 2008). Alimentar con grano a una creciente cantidad de animales es incrementar la presión sobre las reservas de grano. Utilizar el grano para producir carne es una forma altamente ineficiente de suministrar tanto calorías como proteínas a las personas. Resulta especialmente derrochador en el caso de animales como las vacas (con sistemas digestivos capaces de generar energía a partir de la celulosa), ya que estas pueden satisfacer todas sus necesidades nutritivas con los pastos y crecen bien sin grano, aunque con mayor lentitud. Las vacas no son eficientes en la conversión del maíz o la soja en carne: para producir un kilo de carne, las vacas necesitan ocho kilos de maíz; los cerdos, cinco; y los pollos, tres (*Baron's*, 4 de marzo de 2008).

Una tercera razón para el fuerte aumento de los precios alimentarios en el mundo es que unos cuantos países clave que eran autosuficientes (es decir, que no importaban alimentos, a pesar de que gran cantidad de personas padecían hambre), importan ahora ingentes cantidades de alimentos. Como explica un analista agrícola de Nueva Delhi: «Cuando países como la India empiezan a importar alimentos, los precios mundiales se disparan [...] Si la India y China se convierten ambas en mayores importadores y abandonan la autosuficiencia alimentaria, como hemos observado recientemente en la India, entonces es seguro que los precios globales van a crecer todavía más, lo que supondrá el fin definitivo de la era de alimentación barata» (VOA News, 21 de febrero de 2008). Parte de la razón de las presiones que está experimentando el precio del arroz es la pérdida de terrenos agrícolas a favor de otros usos, tales como planes diversos de desarrollo: 7 millones de acres en China y 700.000 acres en Vietnam. Además, la tasa de producción por acre en Asia se ha estancado, y no ha experimentado ningún aumento en diez años ni se espera que lo haga en un futuro próximo (*Rice Today*, enero-marzo de 2008).

Algunas de las razones del incremento de los precios del trigo y el arroz guardan relación con la climatología. La sequía que afecta a Australia, uno de los grandes países exportadores de trigo, y la baja producción de algunos otros países exportadores han afectado enormemente a los precios del trigo. En 2007, un ciclón destruyó en Bangla Desh cosechas de

arroz por valor de 600 millones de dólares, lo que produjo un aumento del precio del arroz del 70% aproximadamente (*The Daily Star* [Bangla Desh], 11 de febrero de 2008). La sequía del año 2007 en la China central-septentrional, en combinación con el frío y la nieve excepcionales del invierno, es probable que lleve al Gobierno a incrementar la compra de alimentos en los mercados internacionales, lo que mantendrá la presión sobre los precios.

También la especulación en el mercado de futuros y el acaparamiento en el plano local desempeñan ciertamente su papel en el encarecimiento de los alimentos en esta situación de crisis. Con la agudización y la extensión de la crisis financiera estadounidense en el invierno de 2008, los especuladores empezaron a colocar más dinero en alimentos y metales para sacar provecho de lo que se ha denominado el «superciclo de las materias primas». (El descenso del dólar en relación a otras monedas estimula la «inversión» en bienes tangibles.) Aunque sería un error ver en este aspecto, por despreciable e inhumano que sea, la causa de la crisis, sí que está claro que viene a incrementar la miseria aprovechándose de la escasez de los mercados. Es verdad que es posible que la burbuja de las materias primas estalle y eso haga que los precios de los alimentos desciendan levemente. Sin embargo, la especulación y el acaparamiento local seguirán ejerciendo una presión alcista en el precio de los alimentos. Por supuesto, las corporaciones transnacionales dedicadas al procesamiento de productos agrícolas, a la fabricación de comidas diversas y a la venta minorista de bienes alimentarios están obteniendo resultados excepcionales. Las ganancias empresariales suelen prosperar en épocas de escasez y aumento de los precios.

Aunque no sea causa del aumento del precio de otros alimentos, el encarecimiento del pescado marino ha supuesto una carga añadida para los países pobres y rayanos en la pobreza. La sobreexplotación de muchas especies marinas está suprimiendo esa valiosa fuente de proteínas de la dieta de un gran porcentaje de la población mundial.

La respuesta a la crisis ha adoptado la forma de manifestaciones y revueltas, así como de cambios en las políticas de los Gobiernos. En los meses finales de 2007 y comienzos de 2008 se produjeron protestas y disturbios por el aumento de los precios de los alimentos en numerosos países: Pakistán, Guinea, Mauritania, Marruecos, México, Senegal, Uzbekistán y Yemen, entre otros. China ha instaurado el control de los precios de los alimentos básicos, y Rusia ha congelado el precio de la leche, el pan, los huevos y el aceite de uso culinario durante seis meses. Egipto, la India y Vietnam han prohibido la exportación de arroz, o han establecido rígidos

controles sobre esta, para que sus propias poblaciones dispongan de alimentos suficientes. Egipto, el mayor importador de trigo del mundo, ha ampliado el número de personas cualificadas para recibir ayuda alimentaria hasta superar los 10 millones de personas. Muchos países han rebajado sus aranceles proteccionistas para disminuir el impacto del drástico aumento de los precios de los alimentos importados. Los países fuertemente dependientes de la importación de alimentos, como las Filipinas, el mayor importador de arroz del mundo, están bregando por alcanzar acuerdos que les permitan obtener las importaciones que necesitan. Aun así, los efectos sobre el problema de todas esas diversas medidas provisionales son básicamente marginales. Casi todas las personas se han visto obligadas a rebajar su nivel de vida, mientras las clases medias son cada vez más cuidadosas con la comida que compran. Quienes estaban próximos a la pobreza han sucumbido a ella, y los que ya eran pobres han caído en la verdadera indigencia, acompañada de un gran padecimiento. Los efectos se han dejado sentir en todo el mundo y en todas las clases sociales, si exceptuamos a los verdaderamente ricos. Tal y como dijo en febrero de 2008 la directora ejecutiva del Programa Mundial de Alimentos de Naciones Unidas, Josette Sheeran: « Este es el nuevo rostro del hambre [...] Hay comida en las estanterías, pero los precios han expulsado a la gente del mercado. Existe vulnerabilidad en áreas urbanas en las que nunca anteriormente había existido. Hay disturbios por los alimentos en países en los que nunca antes se había visto tal cosa» (*The Guardian*, 26 de febrero de 2008).

Aunque hace años que Haití es un país muy pobre (el 80% de la población intenta subsistir con menos de lo que se puede comprar por dos dólares al día en los Estados Unidos), la reciente situación ha llevado al país a nuevas simas de desesperación. Dos tazas de arroz, que costaban 30 centavos un año antes, valían 60 centavos a mediados de 2008. La descripción que aparecía a principios de ese año en un artículo de Associated Press (19 de enero de 2008) es especialmente dolorosa en los detalles:

Era la hora de comer en uno de los barrios más pobres de Haití y Charlene Dumas comía barro. Con el aumento de los precios de la comida, los más pobres de Haití ni siquiera se pueden permitir un plato de arroz al día, y algunos toman medidas desesperadas para llenarse el estómago. Charlene, de 16 años y con un hijo de un mes de edad, ha acabado dependiendo de un remedio tradicional en Haití para los retortijones del hambre: galletas hechas de tierra seca de la meseta central del país.

Las «galletas» también contienen algo de margarina vegetal y sal. Hacia el final del artículo se explica lo siguiente:

Marie Noel, de 40 años, vende las galletas en un mercado para mantener a sus siete hijos. Su familia también las come.

«Espero algún día tener bastante comida para alimentarme y poder dejar de comer esto», dijo. «Sé que no es bueno para mí».

Muchos países de África y Asia se han visto fuertemente golpeados por la crisis y el hambre se ha extendido ampliamente, pero todas las naciones se han visto afectadas en una u otra medida. En los Estados Unidos, donde en 2007 los huevos se encarecieron un 38%, la leche un 30%, la lechuga un 16% y el pan integral un 12%, son muchas las personas que están empezando a comprar alimentos de menor precio. «La subida del precio de los alimentos empieza a apretar a los consumidores», titulaba el *Wall Street Journal* (3 de enero de 2008).

Deberíamos señalar aquí que, mientras que el precio del trigo se encuentra en máximos históricos y el precio de los productos elaborados con trigo es seguro que aumentará en los Estados Unidos, el coste del trigo representa tan solo una pequeña parte del precio de venta minorista de la barra de pan. Cuando el precio del trigo se dobla, como ya ha sucedido, el precio de una barra de pan puede que aumente un 10%, tal vez de 3 a 3,30 dólares. Sin embargo, los efectos de que se doble el precio del maíz, del trigo, de la soja y del arroz son devastadores para los pobres del Tercer Mundo, que compran el producto básicamente sin elaborar.

Con los centros de reparto de alimentos y los comedores de beneficencia funcionando al límite de su capacidad, el padecimiento de los pobres estadounidenses es ahora más agudo. En general, en los Estados Unidos los pobres tienden a pagar antes el alquiler, la calefacción, la gasolina (para poder ir al trabajo) y la electricidad. Eso hace que la comida sea uno de los pocos gastos «flexibles» del presupuesto. En la zona central del estado de Vermont, en el que resido, en el último año el recurso a la comida procedente de los bancos de alimentos (es decir, a programas de asistencia alimentaria de organizaciones caritativas que reparten comestibles directamente a las personas necesitadas) ha aumentado un 133% entre todos los tipos de usuarios, ¡y un 180% entre los trabajadores pobres! (Hal Cohen, del Consejo de Acción Comunitaria de Vermont Centro, en comunicación personal el 20 de febrero de 2008).

La recesión económica está empezando a dejarse notar en muchas zonas de los Estados Unidos, un hecho que se suma al aumento de las peticiones de ayuda a los diversos programas de asistencia alimentaria del Gobierno («Con la desaparición de empleos y el aumento de precios, el uso de vales de comida roza cifras récord», *New York Times*, 31 de marzo

de 2008). Sin embargo, lo más frecuente es que los usuarios de los mal dotados programas públicos de ayuda agoten la comida en casa hacia finales de mes, lo que provoca que justo en ese momento se produzca un enorme aumento de la demanda en los centros de reparto de alimentos y los comedores de beneficencia. Y mientras crece la demanda de alimentos, las donaciones de comida han disminuido de hecho y las donaciones del Gobierno federal han experimentado un fuerte descenso (debido al alza de precios, hay menos productos «excedentes» de los programas agrícolas, así que en 2007 los bancos de alimentos recibieron comestibles por valor de 58 millones de dólares, frente a los 242 millones de cinco años atrás).

Los supermercados han encontrado formas de ganar dinero con los productos deteriorados o caducados que antes donaban a las organizaciones caritativas. En Connecticut, la demanda de alimentos ha experimentado un repentino aumento, mientras que la provisión de estos ni siquiera logra mantenerse. En Stamford, un centro de reparto de comida procedente de bancos de alimentos abastece a 400 familias, el doble que el año anterior. Según el director del centro, «tengo que rechazar a gente [...] ha habido veces que me he ido a casa con ganas de llorar» (*New York Times*, 23 de diciembre de 2007). Un profesor de la Universidad de Cornell dedicado al estudio de los programas estadounidenses de ayuda alimentaria ha resumido así la situación: «Se está gestando una crisis incipiente [...] La demanda de ayuda a los bancos de alimentos está creciendo rápidamente en un momento en que los recursos están fallando estrepitosamente porque los dólares no dan para todo» (*Wall Street Journal*, 20 de marzo de 2008).

La crisis alimentaria de largo plazo

Por grave que sea la crisis alimentaria a corto plazo, que exige inmediata atención internacional y dentro de cada país, la crisis estructural de largo plazo es aún más importante. Esta última tiene décadas de existencia y contribuye a agudizar la crisis alimentaria actual a la vez que se ve reforzada por esta. En realidad, es la crisis estructural subyacente de la agricultura y la alimentación en las sociedades del Tercer Mundo la que constituye la verdadera razón de que la crisis alimentaria inmediata sea tan aguda y tan difícil de superar dentro del sistema.

En el Tercer Mundo ha habido una fuerte migración de personas del campo a las ciudades. Las personas han abandonado el campo por carecer de acceso a la tierra. A menudo, esta les ha sido robada directamente como

consecuencia del avance de las agroindustrias, pero en muchos casos la gente también se ha visto forzada a abandonar sus tierras debido a los bajos precios que históricamente han recibido por sus productos, así como por las amenazas vertidas contra la vida de los campesinos. Las personas han acudido a las ciudades en busca de una vida mejor, pero lo que han encontrado ha sido una existencia harto difícil: una vida en los suburbios con tasas extremadamente elevadas de desempleo y subempleo. La mayoría de esas personas intentan salir adelante en la economía «informal» adquiriendo cosas que luego venden en pequeñas cantidades. De la mitad de la humanidad que reside en las ciudades (3.000 millones de personas), 1.000 millones viven en barrios degradados, lo que representa un tercio del total de la población urbana. El concejal de un distrito de Lagos, en Nigeria, describía la situación de la forma siguiente: «Tenemos un aumento masivo de población con una economía estancada o en contracción. Imaginaos esta ciudad dentro de diez o veinte años. Estos no son los pobres urbanos, son los nuevos indigentes urbanos». Un extenso artículo del *New Yorker* sobre Lagos finalizaba con una nota de extremo pesimismo: «Lo realmente inquietante de las personas que rebuscan en las basuras y los vendedores ambulantes de Lagos es que su vida no tiene nada que ver en esencia con la nuestra. Escarban para sobrevivir fuera de los límites de la macroeconomía. Son, en los términos más despiadados de la globalización, superfluos» (13 de noviembre de 2006).

Uno de los principales factores que promueven esa emigración masiva y sostenida a las ciudades, además del hecho de carecer de tierras o de verse expulsado de ellas, es la dificultad para ganarse la vida como pequeño agricultor. Vivir como pequeño agricultor se ha vuelto especialmente difícil cuando los países han practicado las políticas «neoliberales» recomendadas o impuestas por el FMI, el Banco Mundial e, incluso, algunas de las ONG occidentales que operan en los países pobres del Tercer Mundo. Según la ideología neoliberal, lo que hay que hacer es dejar que el llamado mercado libre opere su magia. Se nos dice que, gracias a las benignas sanciones que impone su «mano invisible», la economía funcionará de forma más eficiente y será altamente productiva. Así pues, para que el mercado sea «libre», los Gobiernos deben dejar de interferir.

Por lo que respecta a la agricultura, los Gobiernos deberían dejar de subvencionar a los agricultores para la compra de fertilizantes; deberían dejar de participar en el almacenamiento y transporte de alimentos; y deberían dejar en paz a los agricultores y los alimentos que producen. El mismo enfoque sostiene también que los Gobiernos deberían dejar de subvencionar la comida de los pobres para que sea el mercado recién desfre-

nado quien se ocupe de todo. La presencia de esa mentalidad era manifiesta cuando empezó a desarrollarse la crisis alimentaria de Haití a finales de 2007. Según el ministro de Industria y Comercio haitiano, «no podemos intervenir y fijar precios porque tenemos que cumplir con las normas del libre mercado» (Reuters, 9 de diciembre de 2007). Fue esa la misma medida que adoptó la Gran Bretaña colonial para responder a la hambruna de la patata en Irlanda, así como a las hambrunas de la India a finales del siglo XIX. Y a pesar de todo, esa misma forma de pensar la han hecho suya ahora muchos dirigentes de países «independientes» de la periferia.

Está claro que dicha ideología carece de base alguna en la realidad: el llamado mercado libre no es en absoluto necesariamente eficiente. Además, es absolutamente incapaz de servir como mecanismo para poner fin a la pobreza y el hambre. No deberíamos olvidar que la ideología neoliberal propone exactamente lo contrario de lo que los países del centro capitalista han hecho en el pasado y lo que en realidad están haciendo hoy en día. Por ejemplo, el Gobierno nacional estadounidense hace más de un siglo que presta ayuda a los agricultores de múltiples maneras. Lo ha hecho mediante programas gubernamentales de investigación y expansión, arrebatándoles las tierras a los indios y entregándoselas a granjeros de origen europeo, a través de subvenciones directas a los agricultores con toda una diversidad de programas, entre ellos programas de créditos a bajo coste, y estimulando la exportación de cosechas. Deberíamos señalar también que tanto Estados Unidos como Europa y Japón desarrollaron sus economías industriales con políticas proteccionistas, a las que se sumaba toda una variedad de programas de ayuda directa a la industria.

Lo que el fin de las ayudas de los Gobiernos del Tercer Mundo a sus pequeños granjeros y consumidores ha conllevado ha sido el endurecimiento de la vida de los pobres en dichos países. En palabras de un informe independiente encargado por el Banco Mundial: «En la mayoría de países en proceso de reforma, el sector privado no ha venido a llenar el vacío dejado por la retirada del sector público» (*New York Times*, 15 de octubre de 2007). Por ejemplo, muchos Gobiernos africanos, presionados por las políticas económicas neoliberales fomentadas por el Banco Mundial, el FMI y los países ricos del centro del sistema, pusieron fin a la subvención del uso de fertilizantes en los cultivos. Aunque es cierto que los fertilizantes importados son muy caros, los suelos africanos suelen tener baja fertilidad y las cosechas son escasas cuando no se usan fertilizantes sintéticos ni orgánicos. Con el descenso de la producción después de que los Gobiernos dejaran de subsidiar la compra de fertilizantes y de ofrecer otros tipos de ayudas, aumentó el número de agricultores que no lograba sobrevivir y

emigraba a los suburbios de las ciudades. Jeffrey Sachs, antiguo prescriptor de terapias librecambistas de choque ahora parcialmente recuperado, ha reconsiderado sus ideas. Según Sachs, «todo se basaba en la idea de que, si a los más pobres de entre los pobres se les retira la protección del Gobierno, de alguna forma los mercados resolverán los problemas [...] Pero los mercados no pueden intervenir, y no intervienen, cuando la gente no tiene nada. Y si uno les retira las ayudas, lo que hace es dejarlos morir» (*New York Times*, 15 de octubre de 2007).

En el año 2007 un país africano, Malawi, decidió ir contracorriente y oponerse a todas las recomendaciones que había recibido. El Gobierno reintrodujo las subvenciones a la compra de fertilizantes y semillas. Los agricultores utilizaron más fertilizantes, las cosechas aumentaron y la situación alimentaria del país mejoró enormemente (*New York Times*, 2 de diciembre de 2007). De hecho, incluso pudieron exportar algunos alimentos a Zimbabwe, aunque hay quien piensa en Malawi que dichas exportaciones han hecho disminuir en exceso el propio abastecimiento.

Otro problema se plantea cuando los agricultores capitalistas de algunos países pobres de la periferia entran en los mercados internacionales. Mientras que los agricultores de subsistencia venden únicamente una pequeña parte de la cosecha y utilizan la mayor parte de esta para consumo familiar, los agricultores capitalistas son aquellos que comercializan la totalidad o una gran parte de lo que producen. Es frecuente que estos últimos amplíen su producción y se hagan con las tierras de los agricultores más pequeños, con o sin compensación, para después emplear a menos personas de las que antes trabajaban en una parcela de tierra dada debido a las técnicas de producción mecanizadas. En Brasil, el «Rey de la Soja» controla bastante más de un cuarto de millón de acres (100.000 hectáreas) y utiliza enormes tractores y máquinas cosechadoras para trabajar la tierra. En China, los cargos corruptos de ciudades y pueblos suelen vender «terrenos comunes» a promotores inmobiliarios sin compensar adecuadamente a los agricultores y, en ocasiones, sin ninguna compensación en absoluto.

Así pues, las duras condiciones de los agricultores, provocadas por diversos factores y acuciadas por la práctica de la ideología del libre mercado, han generado una corriente humana continua de personas que abandonan el campo para ir a vivir a unas ciudades en las que no hay trabajo para ellas. Ahora todas esas personas que viven en los suburbios y que carecen de acceso a la tierra para cultivar su propia comida están a merced de los precios internacionales de los alimentos.

Uno de los motivos de la creciente concentración de la propiedad de la tierra y la expulsión de los agricultores de subsistencia es la penetración de

las corporaciones agrícolas multinacionales en los países de la periferia. Desde la venta de semillas, fertilizantes y pesticidas hasta el procesamiento de los productos agrícolas en bruto para su exportación o su venta en nuevos y grandes supermercados, las corporaciones de la agroindustria están teniendo efectos devastadores sobre los pequeños agricultores. El colapso de los sistemas de extensión agraria que ayudaban a los agricultores a ahorrar semillas y la disolución de las empresas públicas de semillas ha allanado el camino a la gran penetración de las empresas multinacionales de semillas.

Gigantes transnacionales como Cargill y Monsanto están presentes en la actualidad en la mayoría de países del Tercer Mundo, donde venden semillas, fertilizantes, pesticidas y piensos, y compran y procesan productos agrícolas en bruto. En el proceso, asisten a los grandes granjeros para lograr «mayor eficiencia», o sea, para que cultiven extensiones cada vez mayores. La principal ventaja de las semillas de organismos genéticamente modificados (OGM) es que contribuyen a simplificar el proceso de cultivo y permiten que enormes superficies sean gestionadas por una única entidad, una gran granja o corporación, que no deja espacio a los pequeños agricultores.

También se están haciendo sentir los efectos negativos de la penetración de las grandes cadenas de supermercados. Tal y como rezaba un titular del *New York Times* en 2004, «Los supermercados gigantes aplastan a los granjeros de Centroamérica» (28 de diciembre de 2004). Los grandes supermercados prefieren tratar con unos pocos granjeros con cultivos de gran escala que con un gran número de pequeños granjeros. Y la apertura de grandes supermercados acaba con los mercados tradicionales que utilizan los pequeños agricultores.

La crisis prolongada se está intensificando

Parece lógico pensar que, con los precios de los alimentos más elevados, los agricultores deberían obtener más ganancias y producir más para satisfacer la «demanda» que indica el mercado. En cierta medida, así es, sobre todo para los agricultores que pueden sacar provecho de todas las ventajas físicas y monetarias de la producción a gran escala. Sin embargo, también han aumentado los costes de casi todos los factores de producción agrícolas, por lo que las ganancias de los agricultores no son tantas como podría esperarse. Este es un problema particularmente grave para los granjeros que crían animales alimentados cada vez más con grano de elevado precio.

Además, las cosas no están necesariamente bien para los pequeños agricultores y los agricultores de subsistencia. Muchos están tan endeudados que les cuesta salir adelante. Se calcula que unos 25.000 granjeros indios se suicidaron en 2007 al no encontrar otra salida a sus dificultades. (El Gobierno indio ha propuesto una partida presupuestaria que incluya la exoneración de los créditos concedidos por los bancos a los pequeños granjeros. Aun así, si la medida se hace efectiva, los millones que han recibido préstamos de usureros locales no se beneficiarán de ella.) La concentración de la propiedad de la tierra y la exclusión de la tierra de los pequeños granjeros y braceros sin tierras se ha visto exacerbada por los excepcionales aumentos del precio de las cosechas en los últimos pocos años.

El aumento de los precios de las cosechas ha provocado el aumento también del precio de los terrenos agrícolas, sobre todo de los campos de grandes dimensiones que pueden cultivarse con maquinaria de gran escala. Eso es lo que está sucediendo en los Estados Unidos y en ciertos países de la periferia. Por ejemplo, Global Ag Investments, empresa con sede en Texas, posee y explota 34.000 acres de tierras de cultivo en Brasil. En una de sus granjas, un solo campo de soja ocupa 1.600 acres: ¡6,5 km²! Una empresa neozelandesa ha adquirido unos 100.000 acres en Uruguay y ha contratado a gestores para dirigir granjas lecheras en sus tierras.

Empresas de capital de inversión están comprando terrenos agrícolas en los Estados Unidos (Associated Press, 7 de mayo de 2007) y en el extranjero. Una empresa estadounidense se ha asociado con inversores brasileños y japoneses para adquirir 997 km² de tierras en Brasil, aproximadamente un cuarto de millón de acres. Las mismas iniciativas está tomando el capital sudamericano: un fondo de inversión brasileño, Investimento em Participacao, va a adquirir una participación minoritaria en un productor de soja argentino que posee casi 400.000 acres de tierras en Uruguay y Argentina.

El aumento del precio de las cosechas ha provocado también la aceleración de la deforestación en la cuenca amazónica: 2.000 km² (el tamaño aproximado de Rhode Island) en los últimos cinco meses de 2007. Además, enormes áreas de terreno agrícola han pasado a ser utilizadas para el desarrollo inmobiliario, con usos en algunos casos dudosos, como la edificación de barrios residenciales de casas individuales y la construcción de campos de golf para gente rica.

En China, en el periodo 2000-2005, hubo una pérdida media *anual* de terreno agrícola de 2,6 millones de acres, que pasaron a usos inmobiliarios. El país se está acercando con rapidez al mínimo de terreno agrícola culti-

vable que necesita según sus propios parámetros (unos 120 millones de hectáreas aproximadamente), y lo más probable es que la cantidad de suelo agrícola continúe disminuyendo. Como parte de los esfuerzos para acceder a la producción agrícola extranjera, una empresa china ha alcanzado un acuerdo para arrendar casi 2,5 millones de acres de terreno en las Filipinas para cultivar arroz, maíz y azúcar, lo que ha desencadenado en ese país enérgicas protestas, que han paralizado temporalmente el proyecto (Bloomberg, 21 de febrero de 2008). Como decía un agricultor: «el Gobierno [filipino] y los chinos dicen que es un partenariado, pero eso solo significa que los chinos serán ahora nuestros señores y nosotros seremos sus esclavos».

Acabar con el hambre en el mundo

Acabar con el hambre en el mundo es algo conceptualmente bastante simple. Sin embargo, ponerlo en práctica y hacerlo realidad dista mucho de ser sencillo. En primer lugar, es necesario reconocer que el acceso a una dieta sana y variada es un derecho humano fundamental. Los Gobiernos deben comprometerse a terminar con el hambre que afecta a sus gentes y deben adoptar medidas contundentes para cumplir dicho compromiso. En muchos países, incluso en la actualidad, se produce suficiente comida como para alimentar a toda la población con un alto nivel nutricional. Por supuesto, este es manifiestamente el caso de los Estados Unidos, donde tanta comida se produce. Es nada menos que un crimen que tantos pobres pasen hambre y estén mal nutridos en Estados Unidos, o que no sepan cómo van a conseguir la próxima comida (algo que, por sí mismo, supone ya una carga psicológica), cuando existe en realidad comida abundante.

A corto plazo, la situación de emergencia que representa el aumento del hambre y la malnutrición debe atajarse con todos los recursos de que disponga un país. Aunque la distribución en masa de grandes cantidades de grano o leche en polvo puede tener su papel, los países deberían plantearse seguir la innovación venezolana de establecer centros de alimentación en todos los barrios pobres. Cuando la gente cree que el Gobierno intenta realmente ayudarla, y cuando tiene la potestad de buscar o contribuir a la solución de sus propios problemas, el resultado es una oleada de entusiasmo y voluntariado. Por ejemplo, aunque los alimentos de los programas venezolanos de alimentación los aporta el Gobierno, las comidas para los niños, ancianos y enfermos pobres se preparan en las propias casas de la población y se distribuyen desde estas gracias a una considerable cantidad

de trabajo voluntario. Además, Venezuela ha desarrollado una red de tiendas que venden los alimentos básicos con importantes descuentos con respecto a los precios que cobran los mercados privados.

En 2003, Brasil lanzó un programa destinado a aliviar las condiciones de la población más pobre. Aproximadamente una cuarta parte de la población brasileña recibe aportaciones directas del Gobierno de la nación con el programa *Bolsa Família* de lucha contra la pobreza. Según dicho programa, una familia cuya renta diaria per cápita esté por debajo de los 2 dólares por persona y día recibe una prestación de hasta 53 dólares al mes por persona (*The Economist*, 7 de febrero de 2008). Esa inyección de dinero está condicionada a que los hijos de la familia asistan a la escuela y participen en el programa nacional de vacunación. Está claro que la iniciativa está teniendo efectos positivos en la vida y la nutrición de las personas. Sin embargo, el sistema no tiene el mismo efecto que los programas venezolanos, que movilizan a la gente para trabajar codo con codo por su propio bien y el de la comunidad.

En Cuba y en otros países se han usado con éxito los huertos urbanos tanto para abastecer de comida a los habitantes de las ciudades como para dotarlos de una fuente de ingresos. Estos deberían fomentarse con determinación y dar un uso creativo al espacio disponible en los entornos urbanos.

La agricultura debe ser una de las prioridades esenciales en el Tercer Mundo. Hasta el Banco Mundial está empezando a resaltar la importancia de que los Gobiernos ayuden a la agricultura en sus países. Como ha declarado el doctor Ngozi Okonjo-Iweala, director ejecutivo del Banco Mundial:

Hoy en día la atención en todo el mundo de los responsables de diseñar políticas está centrada en el problema de las *subprime* y la crisis financiera. Sin embargo, la verdadera crisis es la del hambre y la malnutrición [...] Ese es el verdadero problema que debería captar la atención internacional. Sabemos que el 75% de los pobres del mundo viven en entornos rurales y que la mayoría de ellos dependen de la agricultura para vivir. La agricultura es hoy en día, más que nunca, un instrumento fundamental para la lucha contra el hambre y la malnutrición, así como para apoyar un desarrollo sostenible y la reducción de la pobreza (*All-Africa Global Media*, 19 de febrero de 2008).

Casi todos los países del mundo cuentan con recursos de suelo, agua y clima para cultivar alimentos suficientes para que toda su población tenga una dieta saludable. Además, en la mayoría de países ya están presentes también los conocimientos y las variedades de cultivos adecuados, por lo

que, si los agricultores reciben la ayuda conveniente, lograrán obtener un rendimiento razonablemente alto de los cultivos.

Aunque es esencial aumentar la producción agrícola, en el pasado el acento ha recaído en la producción de cosechas para la exportación. Por mucho que estas contribuyan a nivelar la balanza de pagos de un país, la agricultura dirigida a la exportación no garantiza que exista suficiente comida para todos ni fomenta un entorno rural saludable. Además de productos básicos como la soja, la agricultura dirigida a la exportación también promueve la producción de cultivos lujosos de elevado valor demandados por los mercados de exportación (lujosos desde el punto de vista de las necesidades alimentarias básicas de los países pobres del Tercer Mundo) en lugar de los cultivos de subsistencia de bajo valor necesarios para satisfacer las necesidades de la población nacional. La producción de cantidades suficientes del tipo correcto de alimentos dentro de las fronteras de cada país, por parte de pequeños agricultores que trabajan en régimen cooperativo o por cuenta propia y utilizan técnicas sostenibles, constituye la mejor forma de alcanzar la meta de la «seguridad alimentaria». De esa forma, la población queda aislada, al menos parcialmente, de las fluctuaciones de los precios en el mercado mundial. Todo ello implica también, por supuesto, que no se resten terrenos a la producción de alimentos para dedicarlos a cultivos para el mercado de biocombustibles.

Una de las formas de llevar a cabo dicha iniciativa y, a la vez, contribuir a solucionar el problema de la concentración de tantas personas en los suburbios urbanos (la población más expuesta al incremento de los precios de los alimentos), es distribuir tierras mediante reformas agrarias coherentes. Pero la tierra por sí sola no es suficiente. Los agricultores que empiezan o que retornan al campo necesitan apoyo técnico y financiero para producir alimentos. Además, hay que desarrollar sistemas de apoyo social, tales como cooperativas y consejos comunitarios, que contribuyan a fomentar la camaradería y solidificar las nuevas comunidades que se desarrollen. Tal vez sea necesario «sembrar» dichas comunidades con unos cuantos abnegados activistas. Igualmente, hacen falta viviendas, electricidad, agua y sistemas de alcantarillado para que a la gente le resulte atractivo ir a vivir al campo. Otra forma de fomentar que las personas vayan al campo y se conviertan en agricultores es apelar al patriotismo e infundirles la idea de que son auténticos pioneros en el establecimiento de un nuevo sistema alimentario que ayuda a sus países a lograr la autosuficiencia alimentaria, es decir, la independencia frente a las corporaciones agrarias transnacionales, así como a abastecer a toda la población nacional de comida sana. Esos agricultores pioneros deben contemplarse a sí mismos,

al igual que deben contemplarlos el resto de la sociedad y el Gobierno, como personas cruciales para el futuro de su país y para el bienestar de la población. Se los debe tratar con el gran respeto que merecen.

Conclusión

La alimentación es un derecho humano y los Gobiernos tienen la responsabilidad de velar por que su población esté bien alimentada. Además, hay formas conocidas de acabar con el hambre, entre las que se cuentan las medidas de emergencia para combatir la crítica situación actual, los huertos urbanos, la reforma agraria acompañada de un sistema de apoyo integral a los agricultores y de técnicas de agricultura sostenible que mejoran el medioambiente. La comida de la que actualmente disponen las personas es el reflejo de unas relaciones de poder económico y político fuertemente desiguales, tanto entre países como dentro de estos. Un sistema alimentario sostenible y seguro requiere unas relaciones distintas y mucho más equitativas entre las personas. Cuanto más se incluya a los pobres y a los agricultores mismos en todos los aspectos de los esfuerzos por alcanzar la seguridad alimentaria, y cuanto más se los anime en el proceso, mayores serán las posibilidades de lograr una seguridad alimentaria duradera. Como ha dicho Hugo Chávez, presidente de Venezuela, un país que tanto ha hecho para atajar los problemas de la pobreza y el hambre:

Sí, es muy importante acabar con la pobreza, acabar con la miseria, pero lo más importante es darles el poder a los pobres para que puedan luchar por sí mismos.